

**EL MORDISCO
DE LA MEDIANOCHE**

ANABEL SAMANI

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El mordisco de la medianoche*

© *Anabel Samani*

Edición publicada en octubre de 2020

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

**EL MORDISCO
DE LA
MEDIANOCHE**

ANABEL SAMANI

Para Pipa, lo mejor de aquí te pertenece.

— Índice —

LA BIBLIOTECA.....	13
<i>La sombra y la pesadilla</i>	31
LA BIBLIOTECA.....	45
<i>La cabaña</i>	47
LA BIBLIOTECA.....	89
<i>El Pozo de los Desesperados</i>	97
LA BIBLIOTECA.....	129
<i>El cuadro</i>	137
LA BIBLIOTECA.....	203
<i>La semilla</i>	207
LA BIBLIOTECA.....	291
<i>La muñeca nueva</i>	295
LA BIBLIOTECA.....	321
<i>Nota de la autora</i>	327
<i>Agradecimientos</i>	331

*Yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.*

Jorge Luis Borges

LA BIBLIOTECA

Una medianoche más, el ruido ronco y profundo, como el de un trueno atrapado en una lejana montaña, me sacó del duermevela en el que me había instalado.

Tras encender la lámpara de tulipa anticuada que había a un lado del cabecero, parpadeé un par de veces, deslumbrada por la luz y atontada por el sopor del sueño.

Examiné mi cuarto sabiendo lo que iba encontrar. Muebles recios y oscuros del siglo XIX; un gran ventanal cubierto por tupidas cortinas de terciopelo verde que me recordaban a las que Escarlata O'Hara convertía en vestido en *Lo que el viento se llevó*; un enorme y amplio armario de madera que bien podría ser aquel que, a veces, conducía a la mágica Narnia; y ese aire melancólico de tiempo perdido que impregnaba cada rincón de la mansión.

Me eché una vieja rebeca sobre el camión, me calcé las zapatillas y salí de mi dormitorio. Al igual que en noches anteriores, la luz del pasillo no funcionaba —el problema con el viejo interruptor, que hacía lo que le daba la gana cuando le daba la gana, era algo que Erik había prometido solucionar—, pero en lugar de volverme a la cama como en las otras ocasiones, decidí averiguar el origen del sonido que nadie más que yo oía cada medianoche.

Prendí el obsoleto quinqué que me había dado Erik, quien me había asegurado que era mejor que una linterna. Al principio yo no había estado de acuerdo, el aparato de latón pesaba al sostenerlo y, además, me había resultado complicado aprender a usarlo de la forma correcta; no obstante, empezaba a apreciar el romanticismo de su iluminación cálida y vieja que tan bien encajaba en ese lugar anclado en el pasado.

Recorrí, con la luz ligeramente adelantada, el largo pasillo alfombrado de rojo. Dejé atrás varias habitaciones en desuso, cerradas desde antes de que mi abuela muriera, y descendí los escalones de la amplia escalera de madera que conducía a la planta baja. Avancé sin hacer ruido, silenciosa como la caída de una mota de polvo, prestando atención a cada peldaño para no tropezar en la semioscuridad que me envolvía.

La escalera terminaba en un amplio recibidor de suelo jaqueado en blanco y negro. Mi piel se erizó al poseerme un miedo irracional a la oscuridad que habitaba más allá de mi esfera de luz. Había dejado la niñez un par de décadas atrás, pero, en esa casa vetusta que todavía estaba conociendo, volví a sentir renacer los miedos infantiles a todo aquello que la noche podía esconder en su interior. Levanté el quinqué y di una vuelta completa sobre mí misma. Solo había penumbras arañadas por mi pesada antorcha.

Giré a la derecha y continué hasta pararme frente a la puerta de hoja doble que cerraba la habitación, situada justo bajo mi alcoba, de la que parecía proceder el enigmático sonido: la biblioteca. Antes de entrar volví a sentir que el vello se me erizaba bajo la ropa y levanté, en un gesto defensivo, el quinqué. Su luz amarilla se derramaba a mi alrededor envolviendo todo en una atmósfera de tiempo arcaico, aquel en el que las sombras acechaban en las horas sin sol como tiburones en el

océano y la luz del fuego no era más que un frágil salvavidas frente a ellas.

Avergonzándome de mi miedo sin sentido, giré el pomo dorado, adornado con una piedra roja que imitaba un gran rubí, y entré precedida de mi farol.

La sala era acogedora, no muy grande y con una chimenea enmarcada en piedra blanca que la calentaría en los días fríos que estaban por llegar. En el centro, había una larga mesa acompañada de cuatro sillas, con asiento de felpa verde, de la misma madera oscura que los muebles de mi habitación. A un lado de la chimenea dos sillones orejeros flanqueaban una mesa camilla sobre la que descansaba una lámpara de cuerpo metálico y pantalla de vidrio emplomado. Otro sillón más pequeño se situaba junto a la amplia ventana mirador que había frente a la puerta. Las cortinas de seda blanca, recogidas con una cinta de terciopelo esmeralda a juego con las butacas, dejaban entrar la luz plateada de una luna en cuarto creciente. Detrás de ellas se intuía la silueta de una pequeña escalerilla de tres peldaños.

Aparte de eso no había más que libros. Ni fotografías, ni cuadros, ni jarrones con flores secas. Solo libros que tapizaban las paredes de la estancia, desde el suelo hasta rozar las molduras del techo, amontonándose unos sobre otros como bellotas de mar en el casco de un barco. No cabía duda de que mi abuela, al igual que el resto de mi familia, había sido una gran lectora.

La luz de mi quinqué y la del gajo de luna daban vida, de forma inquietante, a sombras que emergían de los rincones y las zonas más oscuras. Encendí las dos lámparas de pared —iguales a las de mi alcoba— que guardaban la entrada, una a cada lado de la puerta. La biblioteca se bañó de luz suficiente como para convertir las sombras en pequeñas molestias fáciles de ignorar. Apagué el quinqué y lo dejé sobre la mesa.

Me acerqué a los estantes. Sobre la gruesa alfombra con motivos geométricos había un libro solitario, como si fuera un pajarillo caído del nido. Estaba boca arriba y cerrado, casi parecía colocado con intención. Me arrodillé y lo recogí con mimo; todavía me sentía extraña en esa casa donde prácticamente cada objeto podía haber formado parte de una sala de antigüedades. Tenía que acostumbrarme a la idea de que había heredado de mi abuela, a la que no había conocido, una mansión y todo lo que contenía, así como dinero suficiente para no tener que volver a trabajar si no lo derrochaba.

La cubierta del libro era de tafilete negro, con una media luna y letras en oro que anunciaban su título, *El mordisco de la medianoche*. Tenía aspecto de ser antiguo. No había sinopsis, como suele ocurrir en ese tipo de cubiertas, pero tampoco había ningún nombre de autor.

Al ponerme en pie vi, a la altura de mis ojos, el hueco discordante de su ausencia entre esa legión de libros. Antes de ponerlo de nuevo en la balda, lo hojeé con reverencia. Pasé la guarda, recia, y llegué a una página de cortesía en blanco, luego a la portadilla, que solo contenía el título del libro. Al pasar esta nueva página, el aire me trajo un sonido como de hoja de otoño al ser pisada y un aroma confortable, y me encontré, sin más, con el índice. Había un total de seis capítulos. No logré imaginar qué historias podrían contener, sin embargo, algunos de los títulos, junto con el aspecto de la cubierta, transmitían que eran cuentos perfectos para ser leídos en las tardes tormentosas, en la víspera de Todos los Santos o junto a una cálida chimenea, a la luz de un fuego crepitante, en la noche del solsticio de invierno.

Pasé una nueva hoja dispuesta a empezar el primer relato, pero cambié de opinión. No era una buena hora para esos cuentos. Las agujas acababan de separarse tras haberse juntado en el número doce y los sonidos

del silencio nocturno perturbaban tanto como las sombras. Por la mañana, tras pasear por los jardines y disfrutar del aroma de las rollizas rosas, cuando se oyeran los trinos de los pájaros y la luz del mediodía entrara por el ventanal, cuando no hubiera sombras, ni grandes ni pequeñas, tal vez lo hojearía.

Apenas había alzado mi brazo para colocar el libro en su lugar, cuando una mano, fría y etérea, me agarró la muñeca impidiéndomelo. Retuvo mi mano un instante y después se desvaneció, dejando solo un dolor helado en la piel que había tocado. A mi izquierda sentí nacer un frío propio del vacío y hacia allí me giré con el corazón latiendo acelerado. El libro se me resbaló cuando me quedé sin fuerzas para seguir sosteniéndolo; amortiguado por la alfombra, apenas hizo ruido alguno.

A mi lado estaba mi abuela. Reconocí a la mujer anciana de las fotografías, con su moño alto y tirante, con su largo vestido de viuda hasta los pies. Reconocí sus rasgos, su nariz romana y su barbilla poderosa, sus arrugas y sus labios finos. Toda ella formada por neblinosos jirones traslúcidos del color muerto de las fotografías antiguas. No recuerdo haber perdido el conocimiento, aunque eso fue lo que sucedió.

Desperté cuando unos rayos del color de las naranjas andaluzas llamaban a la puerta del este. No recordaba qué había sucedido para encontrarme tirada en el suelo, pero un pequeño chichón en la frente me refrescó la memoria. Tras quejarme de que en la vida real las personas no se desmayaran de forma tan inteligente como en las películas, con uno de sus brazos bajo la cabeza, me incorporé poco a poco, desconfiada. En la biblioteca persistía un extraño frío. Busqué por la sala una figura incorpórea. No había nadie más que yo, la luz del amanecer y los libros acumulados por varias generaciones. El brazo derecho, allí donde mi abuela me había

sujetado por un momento, me hormigueaba. Levanté la manga del camisón, para mi alivio no había ninguna marca.

En la mesa estaba *El mordisco de la medianoche*, abierto por el primer cuento. Reticente, temiendo volver a sentir la mano fría sobre mí, lo cerré y lo coloqué en la balda de la biblioteca. Pero el fantasma no regresó.

Porque no dudé ni un solo instante de lo que había visto esa noche: el fantasma de mi abuela materna, la mujer a la que no había conocido en vida.

Con el quinqué apagado, subí las escaleras hasta mi habitación para intentar dormir un par de horas hasta que el desayuno estuviera dispuesto.

* * *

Acabé despertándome poco antes del almuerzo. Me disculpé con Matilda por no haber bajado a desayunar. La mujer no le dio importancia y me preguntó si quería que me sirviera ya la comida. Estaba hambrienta y la sola mención de la palabra comida me hizo salivar.

Matilda era una buena cocinera y se esmeraba por adaptarse a mis gustos vegetarianos. La comida estaba deliciosa, un rico cuscús acompañado de espárragos a la parrilla y, de postre, rodajas de naranja espolvoreadas con canela.

Con el estómago lleno, mientras jugueteaba con los restos de la especia que manchaban el plato, empecé a darle vueltas a lo que había visto unas horas antes.

—¿Ha terminado, señora? —La voz grave de Matilda me devolvió a la realidad.

Matilda era una mujer delgaducha con dos pequeños ojos marrones un poco desalineados, como botones que alguien hubiera cosido mal, destacando en el rostro agrio y arrugado de quien ha chupado un limón. Con

sus finos labios sin color, su pelo gris, corto y repeinado, su uniforme austero compuesto por una falda oscura, recta hasta las rodillas, y una sencilla camisa blanca sin adornos, su apariencia no invitaba a pensar en ella como en una persona cordial; sin embargo, hasta el momento había sido, al igual que su marido, muy amable. Cierto que su trabajo dependía de mis futuras decisiones, pero parecía sincera en todo lo que hacía o decía. Se encargaba de cocinar y de mantener la mansión limpia, incluso las habitaciones cerradas y sin uso, que repasaba en profundidad una vez al mes según me había asegurado; yo había entrado en casi todas y no tenía ninguna queja al respecto. Su marido, Erik, un finlandés tan rubio que casi parecía albino, muy alto y delgado, cuando me veía cerca se apresuraba a esconder su pipa como si temiera que le prohibiera seguir con su pequeño vicio. No sabía dónde escondía la fuerza esa pareja a la que era imposible pillar disfrutando de un descanso. Si la mujer siempre estaba entre ollas y trapos, él andaba siempre comprando alimentos para la despensa o materiales para los pequeños arreglos que luego llevaba a cabo. Eran un matrimonio feliz, aunque a la antigua usanza. La tercera voz que se podía oír en el antiguo caserón, más grave aún que la de Matilda, era la de Helga, una prima del finlandés, bastante más joven que él, encargada de mantener los jardines tan hermosos como estaban.

Matilda, la más parlanchina, me había explicado que habían sido ella y su marido quienes se habían ocupado de mi abuela durante los últimos años, cuando nadie más lo había hecho. Yo había buscado algún signo de reproche en su ácido rostro, pero no lo había, era una mujer sin doblez alguna, directa y sin pelos en la lengua. Solo se había limitado a constatar un hecho.

—Sí, he terminado. Muchas gracias, Matilda.

—Es mi trabajo, señora.

Los días anteriores me había cansado de pedirle que no se dirigiera a mí de una manera tan formal y ya había abandonado toda esperanza de que eso ocurriera, así que no me molesté en pedirle una vez más que me llamara por mi nombre.

Matilda se acercó con un carrito para retirar la vajilla de porcelana fina. Colocó los platos uno encima de otro, los cogió y, tras sujetarlos un momento, los volvió a dejar sobre la mesa.

—Verá, señora, nos preguntamos si ya ha tomado una decisión sobre lo que hará con la casa.

Jugueteé con una miga del mantel, evitando mirarla.

—Lo siento, todavía no. Este lugar es precioso y mi abuela me ha legado una cantidad considerable de dinero, pero no sé si será suficiente para los gastos que conlleva su mantenimiento.

—Se refiere a nuestros sueldos, ¿verdad?

Definitivamente, lo de Matilda no eran las insinuaciones. «Las cosas claras y el chocolate espeso».

—Sí, en parte, sí —admití—, aunque hay mucho más a tener en cuenta.

—A mí me quedan cinco años para jubilarme, señora, y a mi marido, cuatro. Es cierto que a Helga le quedan bastantes más, pero si pudiéramos permanecer en la casa unos pocos años...

—Lo entiendo, Matilda. Recuerdo lo que me contó —la atajé— y haré todo lo posible por no vender la casa y por que los tres permanezcan en su hogar. No quiero ser la villana del cuento, pero necesito hacerme al menos una pequeña idea de cómo es vivir aquí y de todo lo que conlleva. También tendré que hablar con un abogado...

Matilda bufó.

—Un abogado le dirá que venda las tierras y la casa, y que aumente en varios ceros su cuenta bancaria.

Eso me dolió. Si hay algo que no puede decirse de mí es que me muevo por dinero. Cogi la servilleta de mi regazo y la solté en la mesa con un ademán brusco.

—Le aseguro que no es el dinero mi principal preocupación —le espeté con más rudeza de lo que me hubiera gustado—. Si fuera así, el principal ingreso que he tenido hasta ahora no procedería de mi trabajo como peluquera canina.

Matilda bajó la cabeza y pasó las manos por el mantel, alisando una pequeña arruga que se había formado al mover los platos.

—Lo siento, señora, no quería ser irrespetuosa.

—Y yo no quiero que crean que no le doy importancia a su situación —le aseguré—, de verdad, pero todo esto es nuevo, necesito algo de tiempo. Nunca he vivido en un lugar retirado, solo en ciudades, y desde luego nunca he tenido que ocuparme de una mansión que, por mucho que me haya dicho que es pequeña y que casi no merece ese nombre, es veinte veces más grande que cualquiera de los apartamentos por los que he pasado.

Matilda cabeceó asintiendo.

—Lo comprendo, señora. Discúlpeme. —Tomó los cubiertos y se dispuso, por fin, a retirar la mesa.

En ese momento, por un impulso, mientras la mujer trasladaba con rapidez los platos al carrito, le pregunté por mi abuela. Tras lo acontecido la noche anterior sentía una gran necesidad de saber más sobre aquella total desconocida para mí.

—Matilda, ¿cómo era mi abuela? —La mujer parpadeó dos veces ante mi pregunta—. Ya sabe que no la conocí.

Matilda movió de sitio los platos y los cubiertos, intentando acomodarlos mejor sin que en realidad hiciera falta, luego miró al frente y planchó con las manos la falda de su uniforme mientras elegía de forma evidente las palabras.

—Era una mujer de carácter —dijo al fin—. Si hacías las cosas como ella quería, no había ningún problema, de lo contrario, podías estar seguro de que te iba a caer encima un buen chaparrón.

Sus palabras, tan bien escogidas, confirmaban el hecho de que pretendían ocultar algo. Así que decidí ser tan sincera como ella.

—¿Era mala? —Mi pregunta sonó algo infantil, pero Matilda no la desdennó, sino al contrario, pensó la respuesta un buen rato.

—Era severa —matizó—. Y bastante caprichosa, pero con tanto dinero y siendo hija única, ¿quién no lo hubiera sido? Su carácter empeoró con la edad —explicó mirándome—. Los últimos diez años, diría que después de los setenta, se volvió bastante... gruñona. Cosas de la edad. Dicen que uno se vuelve sabio con el tiempo, que mejora. Tonterías. La gente es como el zumo de uva, con la edad se concentran las virtudes y los defectos, algunos se convierten en buen vino y otros en vinagre. Eso fue lo que le pasó a su abuela, se avinagró. Por favor, no se ofenda. —Matilda tiró de una manga de su camisa y luego de la otra, como si se le hubieran subido, aunque no había sido así—. Espero que a mí no me pase lo mismo. Veremos.

Si bien Matilda era un poco brusca y apenas la conocía, yo dudaba que fuera a volverse una tirana con la edad.

—Mi madre decía que me parezco a ella. Físicamente —aclaré.

Matilda me examinó un par de segundos moviendo la cabeza de un lado a otro. No lo debió de ver claro porque después, para mi sorpresa, me cogió por la barbilla y me giró la cabeza a derecha e izquierda.

—Tiene un aire, es cierto. Puede comprobarlo en los retratos y fotografías que hay en la casa. Aunque, sinceramente, no me parece que tengan mucho en común, sobre todo en cuanto al carácter. Y lo digo como algo positivo.

Recordé el rostro de la biblioteca, más severo aún que el de las fotografías que había visto en la casa. Me alegré de que Matilda no viera en mí parecido con aquel perfil duro.

—Fue usted quien la encontró cuando falleció, ¿verdad?

Matilda cruzó las manos delante de su falda y miró al frente.

—Así es. En la biblioteca, la estancia donde más horas pasaba, al menos hasta el último año, cuando ya casi no podía caminar. Le gustaba leer, pero la vista le fallaba. A veces nos pedía a alguno que le leyéramos, pero se cansaba enseguida de nosotros y nos echaba. Decía que no lo hacíamos bien. —Bajé la vista, avergonzada por el comportamiento despectivo de mi abuela, me abochornó su actitud—. En realidad tenía razón. No somos grandes lectores, siempre hemos estado trabajando. Leemos con lentitud y a veces nos trabamos. —Volvió a repasar las inexistentes arrugas de su falda—. La encontré en la biblioteca con un libro abierto. No dormía bien, suponemos que se emperraría en bajar a leer y que a causa del esfuerzo sufrió el infarto. Tuvo que ser complicado para ella llegar hasta allí sola. Como le digo, le costaba caminar, y había perdido mucha musculatura. Pero tenía una voluntad de hierro, eso no se lo puede negar nadie.

—¿Recuerda qué libro tenía abierto mi abuela?

—Me temo que no. Lo siento, señora.

—Da igual, muchas gracias, Matilda.

Matilda terminó de recoger con la rapidez y eficacia que dan los años de experiencia, y se llevó el carrito hasta la puerta de la habitación que en otro tiempo se había empleado como recoleto comedor para desayunos y meriendas, pero que era, desde hacía mucho, el único que se usaba. No quise dejarla marchar sin aquietar un poco el desasosiego por su situación.

—Matilda, prometo que en cuanto sepa qué hacer con esta casa se lo diré, y prometo no hacer nada antes de hablarlo con ustedes.

Matilda me sonrió formando más arrugas en sus mejillas, abrió la puerta y empujó el carrito con los restos del almuerzo que también había sido mi desayuno.

—Muchas gracias, señora.

Yo no la seguí. Me quedé allí sentada, pensando en aquella vieja mujer de la que mi madre no había hablado más que en contadas ocasiones y que, por lo visto, había sido una lectora tan empedernida que en su vejez, cuando sus ojos, como soldados rebeldes, se habían negado a ejecutar su misión, había obligado a alistarse a nuevos reclutas que no habían dado la talla ante sus altas exigencias. Una mujer con una voluntad de hierro que había ido a su lugar predilecto para morir.

Una lectora tan ávida que había regresado, después de muerta, para abrir su último libro. Porque algo me decía que *El mordisco de la medianoche* había sido su última lectura.

* * *

Me quité las sandalias y caminé por los jardines que rodeaban la mansión sintiendo la hierba perfectamente

cortada cosquillar en mis plantas y disfrutando de la visión y los aromas que me rodeaban. Helga lo tenía todo precioso.

Había zonas de flores y coloridos parterres, y zonas de frutales donde predominaban los manzanos, perales y cerezos. Había un pequeño laberinto de seto verde donde no me había atrevido a entrar. Había árboles perennes que mantendrían sus hojas a lo largo del año, y otros de hoja caduca que las perderían tras ponerse rojos, naranjas, marrones y amarillos.

Me senté en uno de los bancos de piedra desperdigados aquí y allá, a contemplar. Simplemente a contemplar.

La tarde de primavera pasó deliciosa y lenta. Llevaba conmigo un libro ilustrado de *La historia interminable*, aunque no lo abrí. Dejé el tiempo marchar contemplando cómo el sol se movía en el cielo y la luz viraba de color según avanzaban las horas; primero amarilla, después anaranjada, más tarde rosada.

Frente a mí había una pequeña fuente de piedra que representaba una ninfa montada sobre el lomo de un delfín. El rumor del agua regalaba una caricia relajante que invitaba a la quietud. El aroma de las flores cercanas, que atraían a los insectos libadores, se concentró durante el ocaso, al igual que los trinos de los carboneros y los petirrojos, que tomaban posiciones en sus ramas predilectas compitiendo en fuerza vocal con los verdicillos y otros insistentes cantores.

Solo cuando el cielo adquirió un tono malva y ya no se veía el sol, decidí entrar en casa.

Esa era una buena vida, una vida contemplativa. No se me ocurría qué más podría necesitar para ser feliz.

Si vendía la casa, podría comprarme otra más moderna, y con el remanente tendría no solo para vivir sin

preocupaciones, sino incluso para comprar un barco pequeño, invertir en arte, encapricharme del último móvil, acumular cientos de zapatos en el armario y tener una cuenta con varios ceros durmiendo en el banco. Pero ¿para qué quería un barco si allí oía un coro de aves cantar con la dulzura del mar? ¿Para qué quería cuadros en mis paredes si tras las ventanas tenía un arco iris de colores naturales? ¿Para qué necesitaba cientos de zapatos si podía caminar descalza a todas horas y sentir las briznas de hierba bajo mis pies?

Entré sabiendo que acababa de tomar una decisión.
Esa sería mi casa.

* * *

El reloj con carrillón del salón dio doce campanadas. Desde mi habitación no se oía, pero sí desde la biblioteca, en donde estaba sentada en una de las sillas de madera, tensa, como un detective acechando a su sospechoso, esperando el momento en que mi abuela apareciera.

Vi caer el libro sobre la alfombra sin producir ningún ruido, aunque no distinguí nada, ni a nadie, que lo hubiera tirado. Simplemente resbaló de la balda como si hubiera estado tambaleándose en el filo del estante. Descalza, sintiendo la suavidad de las fibras de la alfombra, tan diferente a la de la hierba, rodeé la mesa y lo recogí. *El mordisco de la medianoche*.

Me senté de nuevo con el libro abierto en el primer capítulo y con todas las lámparas de la sala encendidas, incluso me había traído mi viejo quinqué, cuya luz era del todo superflua en una estancia tan iluminada. No había ninguna sombra en la habitación. Estaba dispuesta a hacer algo por mi abuela, algo que intuía que ella

necesitaba, pero precisaba hacerlo sin ninguna negrura acechándome.

Así sentada, entre luces artificiales y acompañada solo por esos ruidos nocturnos de las casas viejas que recuerdan a la respiración achacosa de los ancianos, esperé a que la figura incorpórea de una mujer de mirada orgullosa y mandíbula cuadrada se materializara delante de mí.

Pasaron los segundos en los relojes, tal vez incluso algún minuto, pero nada sucedió. Sintíendome decepcionada, y también un poco estúpida, volví a colocar el libro en su sitio, entre dos antologías de relatos de monstruos míticos.

Cogí el quinqué y me dirigí a la puerta dispuesta a abandonar la sala. Fue justo al poner mi mano sobre el pomo con la piedrecita roja cuando el potente trueno retumbó en la biblioteca.

Al darme la vuelta, *El mordisco de la medianoche* reposaba abierto sobre la mesa.

El pulso se me aceleró cuando vi cómo de la madera de los árboles muertos que formaban la biblioteca, de la pasta de papel que la llenaba, surgía una cabeza con el rostro enfurruñado de mi abuela. A continuación, su cuerpo traspasó el sólido material. Salió con una determinación inflexible y se acercó hasta mí solo para diluirse y desaparecer de mi vista, dejando tras de sí hilillos de humo, como los que deja el sol del mediodía al atravesar la niebla de un embalse, y un aire frío.

Un instante después volví a verla, de pie, sobre la mesa. Su figura traslúcida no tocaba el mueble. La luz brumosa del color del papel viejo que le daba entidad se alzaba metro y medio sobre la mesa, más o menos la estatura que debía de haber tenido en vida; a través de ella podía intuirse la ventana que había detrás. En sus

manos sujetaba un bastón etéreo con empuñadura redonda.

La temperatura había bajado en la habitación, aunque no tanto como creía recordar. Aun así, me puse la rebeca de lana que había dejado colgada del respaldo de una silla y me arrebujé en ella en un gesto que pretendía serenarme. Si bien era justo lo que esperaba que sucediera, verla resultaba antinatural, y la inquietud me había golpeado con más fuerza de la que había anticipado.

Mi abuela levantó el bastón y golpeó con él la mesa. El choque produjo el atronador sonido que me había despertado cada medianoche. Me pregunté cómo esa figura que parecía tan inmaterial, de tan poca entidad, podía producir ese sonido, e incluso ser capaz, pensé mirando de reojo mi muñeca, de apresar mi brazo.

Dio otro bastonazo. En su cara había una expresión entre enfadada y ansiosa. Las arrugas marcadas resaltaban su edad y la piel poseía cierta flacidez anormal, como si no se ajustara perfectamente a los huesos. Una impecable rueda, de la que no escapaba ningún mechón, coronaba su cuero cabelludo. Su figura redondeada tenía, o había tenido, algún kilo de más. No obstante, eran los ojos, de los que no se adivinaba el color en ese negativo en sepia, lo que captaba la atención, penetrantes y arrogantes. El vestido era largo, suelto, también sin más color que el de la luz fantasmal, rematado con puntilla en el cuello de Peter Pan y en las anchas bocamangas. Había sido negro y eran varias las fotografías en las que lo llevaba.

Todo, cada detalle, estaba definido con claridad a pesar de no haber nada de carne o tela formando la imagen, solo ese resplandor de color añejo.

El tercer bastonazo produjo un sonido más fuerte. Me senté rápidamente en una de las sillas, delante del libro, como una alumna cogida en falta por la maestra.

Miré la puerta esperando que Matilda, Erik o Helga entraran alarmados por el estrépito. Tragué saliva con dificultad y di bocanadas al aire, bebiéndolo más que respirándolo. Nadie entró.

El estómago se me había encogido y lo notaba pesado como si hubiera comido piedras. Sentía presión en la vejiga y un retortijón formarse en el vientre. Haciendo uso de un valor bastante raquítico, miré hacia arriba y le hablé.

—¿Eres mi abuela?

La figura fantasmal frunció el entrecejo y apretó los labios formando un millar de pequeñas arrugas en su frente y sus mejillas. Desde lo alto de su posición me dirigió una mirada severa y hastiada. Dio otro bastonazo sobre la mesa, provocando que diera un bote en mi asiento. Temí haber dejado escapar un par de gotas de orina. Tragué saliva otra vez.

—¿Qué quieres?

Se deslizó hacia mí a la vez que, girando sobre sí misma con un grácil movimiento de vals, iba penetrando en la mesa, descendiendo lentamente hasta que sus pies se situaron a nivel del suelo. Después se sentó en la silla que había a mi lado, pero al mirar por el rabillo del ojo vi que flotaba unos centímetros por encima del asiento. Aferraba con rigidez el bastón delante de ella, atravesando la mesa con él y con las manos que lo sujetaban. Me señaló el libro con un gesto de la barbilla.

—¿Quieres que te lea este libro? —pregunté para asegurarme de que había interpretado bien lo que cada noche intentaba decirme.

La expresión de la figura se relajó y afirmó.

—¿Es lo que hacías cuando... te dio el infarto? ¿Leer este libro?

La luz fantasmal, de la que emanaba un frío no del todo desagradable, como el de la brisa de las cumbres a finales del otoño, volvió a asentir con la cabeza.

Sentí tanta admiración por ella como lástima: una mujer de carácter que había ido perdiendo a su familia por riñas y muertes prematuras, una mujer con la voluntad suficiente para quedarse en el mundo cuando ya no debería estar en él, esperando terminar lo que había empezado. Debido a decisiones que otros habían tomado por mí, en parte a causa del orgullo de mi madre, en parte a causa del orgullo de mi abuela, no la había conocido en vida; quizás pudiera, aunque fuera un poco, enmendar ese error.

—Está bien. Empecemos la lectura.

Leí el título del primer cuento en voz alta.

—*La sombra y la pesadilla.*

La sombra y la pesadilla

Veo los sueños. No los creo, no los alimento, tampoco los oigo; solo los veo nacer, crecer y morir.

No es algo agradable, por eso no he tenido ni una infancia ni una juventud normales. Nunca he querido ir a dormir a casa de ninguna amiga, ni he tenido fiestas de pijamas. Porque después de los cotilleos y los videojuegos me encontraría en una habitación rodeada de dolor, angustia y frustración emanando de las mentes de mis compañeras de cuarto.

La mayoría de los sueños de la gente no son bonitos. No hay unicornios blancos o peluches cariñosos, tampoco mariposas de colores revoloteando por campos verdes, no rebosan amor y risas. Lo que hay son persecuciones en las que las piernas no consiguen despegarse del suelo, monstruos cazadores, criaturas malévolas; hay humillaciones, venganzas, golpes, gritos y lágrimas. No todos alcanzan el nivel de pesadilla, esas alucinaciones vívidas que exprimen nuestra angustia y nos hacen emitir chillidos ahogados que no llegan a salir de la garganta. Aun así, la mayoría los siento como malos sueños, esos que te envuelven en un sudor febril, que casi no se recuerdan al despertar y que al alba solo dejan un vago recuerdo disolviéndose en las brumas de la mañana.

Yo los veo acumularse y crecer. Son como hebras de niebla de colores tan intensos que puedo distinguirlos